

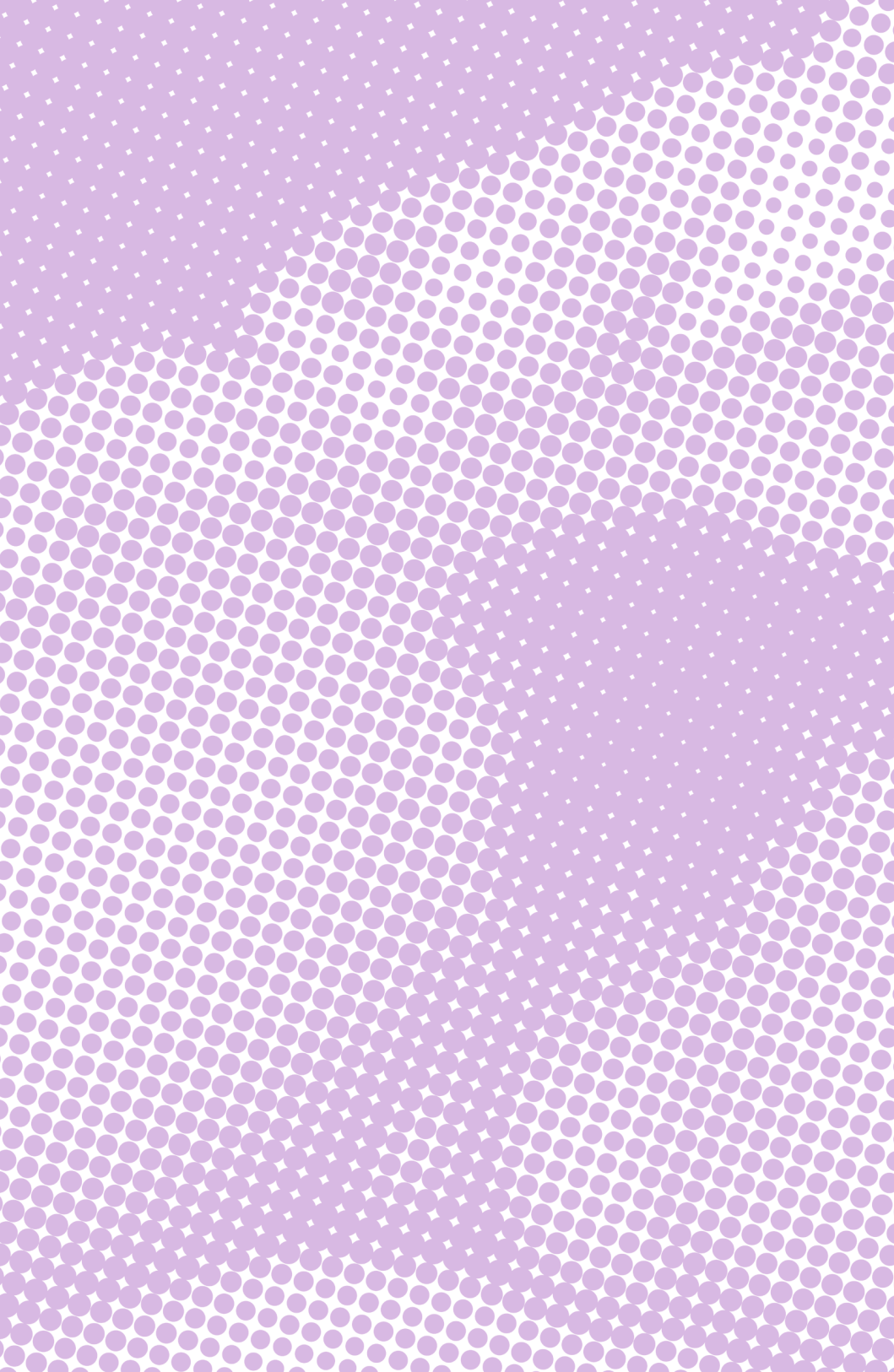
consonni

**Octavia E.
Butler**

**Hija de sangre
y otros relatos**

TRADUCCIÓN
Arrate Hidalgo





«Butler en plena forma... prosa sobria y vívida... ideas intrigantes y bien desarrolladas, personajes sólidamente contruidos y una narrativa concisa y eficaz». – ***Kirkus Reviews***

«Lúcida y brutalmente realista... Si no has leído a Butler, todavía no entiendes lo ricos que pueden llegar a ser las posibilidades de la ciencia ficción». – ***Fantasy & Science Fiction***

«Un cuento cautivador... Butler libera la imaginación, fundiendo lo real y lo posible». – ***United Press International***

«La fortaleza de Butler es su habilidad para crear personajes completos y creíbles». – ***San Francisco Chronicle***

«Sus libros son inquietantes y perturbadores... sus visiones son distorsiones extrañas e hipnóticas de la dimensión desagradable de nuestro propio mundo». – ***LA Style***

«Una espectacular antología de relatos... [Butler] es una escritora impresionante cuya obra muestra la capacidad de la ciencia ficción de trascender sin problemas las supuestas limitaciones estilísticas del género». – ***St. Petersburg Times***

Hija de sangre y otros relatos

Octavia Estelle Butler, a menudo llamada «la gran dama de la ciencia ficción», nació en Pasadena, California, el 22 de junio de 1947. Fue galardonada con los premios Hugo y Nebula, y en 1995 se convirtió en la primera autora de ciencia ficción en recibir una Beca MacArthur. En 2000 recibió además el prestigioso PEN Lifetime Achievement Award. Aclamada por su prosa sobria, fuertes protagonistas y agudo comentario social en historias que comprenden desde el pasado remoto hasta el futuro lejano, la obra de Butler ha suscitado un gran interés por parte de los lectores desde su muerte, a medida que las cuestiones que trató en sus novelas y ficción breve, representantes del afrofuturismo y el feminismo en el género, han adquirido cada vez mayor relevancia. Butler falleció el 24 de febrero de 2006.



Fotografia: Ching-Ming Cheung

Hija de sangre y otros relatos

Octavia E. Butler

Traducción de Arrate Hidalgo

consonni

Autora **Octavia E. Butler**
Traducción **Arrate Hidalgo**
Corrección **Miguel Alpuente Civera y Sonia Berger**
Diseño de colección y maquetación **Rosa Llop**
Imágenes de cubierta e interior **Nadia Barkate**
Impresión **Artes Gráficas Cofás**
Printed in Spain

Edición **consonni**
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D
48003 Bilbao
www.consonni.org

Primera edición en español:
marzo de 2020, Bilbao

ISBN: 978-84-16205-51-6
Depósito legal: BI-00203-2020

Edición original:
© 1996, 2005 by Octavia E. Butler
© 2020, de la traducción, Arrate Hidalgo
© 2019, de las imágenes, Nadia Barkate
© 2020, de la edición, consonni

Bloodchild, © 1984, by Davis Publications Inc.
First published in *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*
The Evening and the Morning and the Night, © 1987, by
Omni Publications International
First published in *Omni Magazine*
Near of Kin, © 1979, by Octavia E. Butler
First published in *Chrysalis 4*
Speech Sounds, © 1983, by Davis Publications Inc.
First published in *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*
Crossover, ©1971, by Robin Scott Wilson
First published in *Clarion*
Birth of a Writer, © 1989 Essence Communications, Inc.
First published in *Essence*
Furor Scribendi, © 1993, by Octavia E. Butler
First published in *L. Ron Hubbard Presents Writers of the
Future Volume IX*
Amnesty, © 2003, by Octavia E. Butler
The Book of Martha, © by Octavia E. Butler and SCIFI.com

consonni es una editorial con un espacio cultural independiente en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Desde el campo expandido del arte, la literatura, la radio y la educación, ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él.

Índice

Prefacio 13

Relatos 17

Hija de sangre 19

La tarde y la mañana y la noche 47

Parientes cercanos 81

Sonidos de habla 93

Al otro lado 113

Dos ensayos 121

Obsesión positiva 123

Furor scribendi 133

Relatos nuevos 139

Amnistía 141

El libro de Martha 177

Prefacio

La verdad es que odio escribir relatos. Intentar escribirlos me ha enseñado mucho más sobre la frustración y la desesperación de lo que jamás querría saber.

Y, sin embargo, escribir relatos tiene algo de seductor. Parece facilísimo. Se te ocurre una idea y diez, veinte, quizá treinta páginas más tarde, ahí lo tienes: un relato terminado.

Bueno, puede que no.

Mis primeras colecciones de páginas no tenían nada de relatos. Eran fragmentos de obras más largas; novelas atascadas y sin terminar. O breves resúmenes de novelas sin escribir. O incidentes aislados que no funcionaban por sí solos.

Y mal escritos, además.

No ayudó el hecho de que mis profesores de escritura de la universidad no les dedicasen más que palabras tibias y educadas. No

podían ayudarme mucho con la ciencia ficción y la fantasía que no dejaba de producir. De hecho, nada de lo que podía denominarse ciencia ficción les merecía mucho respeto.

Los editores rechazaban mis relatos con asiduidad. Me los devolvían junto con las bien conocidas notas de rechazo, impresas y sin firmar. Por supuesto, era el rito de iniciación del escritor, pero, aunque yo lo supiera, no me consolaba. Con los relatos me ocurría que intentaba dejar de escribirlos como algunas personas dejan los cigarrillos: una y otra vez. No me quitaba de la cabeza las ideas para mis historias, pero tampoco conseguía hacerlas funcionar como relatos. Tras muchos esfuerzos, hice que algunas funcionasen en forma de novela.

Que es lo que deberían haber sido desde el principio.

Yo soy, en esencia, novelista. Las ideas que más me interesan tienden a ser grandes. Explorarlas lleva más tiempo y espacio de los que cualquier relato puede abarcar.

Y, aun así, de vez en cuando algunos de mis relatos resultan ser relatos de verdad. Las cinco historias de esta colección lo son. Nunca he sentido la tentación de convertirlas en novelas. Sin embargo, este libro sí me ha tentado a añadirles algo más: no a prolongarlos, sino a hablar sobre cada uno de ellos. Así que en cada cuento he incorporado un breve epílogo. Me gusta la idea de que haya epílogos, más que introducciones individuales, pues los primeros me permiten hablar libremente de los relatos sin destripárselos a los lectores. Será un placer hacer uso de tal libertad. Hasta ahora, las interpretaciones que se han publicado sobre mi obra han sido las de otras personas: «Butler parece expresar...», «Claramente, Butler cree...», «Butler deja patente un sentimiento de...».

De hecho, creo que lo que otras personas ven en mi trabajo es para ellas tan importante o más que lo que vuelco yo en él. Pero me alegro igualmente de poder hablar un poco sobre lo que sí vuelco en mi trabajo y lo que este significa para mí.



- Relatos -

Hija de sangre

Mi última noche de niñez comenzó con una visita a casa. La hermana de T'Gatoi nos había regalado dos huevos estériles. T'Gatoi les dio uno a mi madre, mi hermano y mis hermanas. Insistió en que el otro me lo tomara yo entero. No importaba. Seguía habiendo suficiente para que todos nos sintiéramos bien. Casi todos. Mi madre no quiso tomar. Sentada, vigilaba mientras todos los demás nos dejábamos ir y soñábamos sin ella. Sobre todo me vigilaba a mí.

Yo estaba tumbado contra la parte inferior de T'Gatoi, larga y aterciopelada, sorbiendo mi huevo a cada rato, preguntándome por qué mi madre se negaba a sí misma aquel placer totalmente inofensivo. Tendría menos canas si se lo permitiera de vez en cuando. Los huevos prolongaban la vida, el vigor. Mi padre, que nunca rechazó un huevo en su vida, vivió casi dos veces más de lo que le habría correspondido. Y, hacia el final de su vida, cuando debería haber estado aflojando el ritmo, se casó con mi madre y tuvo cuatro hijos.

Pero mi madre parecía conforme con envejecer antes de lo debido. Vi cómo apartaba la vista cuando varias de las extremidades de T'Gatoi me aproximaron hacia sí con firmeza. A T'Gatoi le gustaba nuestro calor corporal y lo aprovechaba siempre que podía. Cuando era pequeño y pasaba más tiempo en casa, mi madre solía intentar explicarme cómo comportarme con T'Gatoi, cómo ser respetuoso y siempre obediente porque T'Gatoi era la funcionaria del gobierno tlic a cargo de la Reserva y, por lo tanto, el miembro más importante de su especie en contacto directo con los terranos. Mi madre decía que era un honor que una persona semejante hubiera elegido entrar en la familia. Cuando más formal y seria se ponía mi madre era cuando mentía.

No tenía ni idea de por qué estaba mintiendo, ni sobre qué. Claro que era un honor tener a T'Gatoi en la familia, pero poco tenía de novedad. Mi madre era amiga de T'Gatoi de toda la vida, y a T'Gatoi no le interesaba que nos mostrásemos honrados por su presencia en una casa que consideraba su segundo hogar. Siempre entraba sin más, se subía a uno de sus sofás especiales y me llamaba para que fuera a hacerla entrar en calor. Era imposible ser formal con ella, tumbado contra su cuerpo y oyéndola quejarse, como de costumbre, de que estaba demasiado flaco.

—Estás mejor —dijo esta vez, explorándome con seis o siete de sus extremidades—. Estás ganando peso por fin. La delgadez es peligrosa.

La exploración cambió sutilmente y pasó a ser una serie de caricias.

—Sigue estando demasiado delgado —dijo mi madre con aspereza.

T'Gatoi levantó la cabeza y más o menos un metro de su cuerpo, como si estuviera incorporándose en el sofá. Miró a mi madre y ella, la cara avejentada y surcada de arrugas, apartó la mirada.

—Lien, me gustaría que te tomaras lo que queda del huevo de Gan.

—Los huevos son para los niños —dijo mi madre.

—Son para la familia. Tómalo, por favor.

Obediente, pero de mala gana, mi madre me cogió el huevo de las manos y se lo llevó a la boca. Solo quedaban unas pocas gotas dentro de la cáscara elástica, ya algo contraída, pero al final las sorbió, se las tragó y, al cabo de unos instantes, se le empezaron a suavizar algunas de las líneas de tensión de la cara.

—Qué rico —dijo en voz baja—. A veces se me olvida lo bueno que está.

—Deberías tomar más —dijo T’Gatoi—. ¿Por qué tienes tanta prisa por ser vieja?

Mi madre no dijo nada.

—Me gusta poder venir aquí —continuó T’Gatoi—. Este lugar es un refugio gracias a ti, y sin embargo tú te niegas a cuidarte.

A T’Gatoi la estaban acosando en el exterior. Su pueblo quería que hubiera más de nosotros disponibles. Solo ella y su facción política se interponían entre nosotros y las hordas que no entendían por qué había una Reserva, por qué a los terranos no se nos podía cortejar, pagar o reclutar, disponibles, de un modo u otro, para quienes nos solicitasen. O sí que lo entendían, pero, en su desesperación, les daba igual. T’Gatoi nos repartía entre los desesperados y nos vendía a los ricos y poderosos a cambio de apoyo político. Así pues, éramos artículos de primera necesidad, símbolos de estatus. Y un pueblo independiente. T’Gatoi supervisaba la unión de las familias, poniendo fin así a los últimos vestigios del anterior sistema que dividía a familias terranas para acomodarse a las necesidades de las tlics impacientes. Yo había vivido fuera con ella. Había notado el ansia desesperada en la manera en que algunas personas me miraban. Daba un poco de miedo saber que solo ella se interponía entre nosotros y esa desesperación capaz de tragársenos con total facilidad. Mi madre a veces la miraba y me decía: «Cuida de ella». Y entonces yo me acordaba de que ella también había estado fuera, que lo había visto.

T’Gatoi empujó con cuatro de sus extremidades para alejarme de ella y ponerme en el suelo.

–Ve, Gan –dijo–. Siéntate allí con tus hermanas y disfruta de no estar sobrio. Te has tomado casi todo el huevo tú. Lien, ven a darme calor.

Mi madre vaciló por alguna razón que no supe adivinar. Uno de mis recuerdos más tempranos es el de mi madre estirada junto a T’Gatoi, hablando de cosas que yo no entendía, levantándome del suelo y riendo mientras me sentaba sobre uno de los segmentos de T’Gatoi. En aquel entonces comía bastantes huevos. Me preguntaba cuándo había dejado de hacerlo y por qué.

Ahora estaba tumbada, apretada contra T’Gatoi, y toda la fila izquierda de extremidades se cerraba sobre ella, rodeándola sin apretar, pero bien sujeta. Siempre me había resultado cómodo tumbarme así, pero, salvo a mi hermana mayor, a nadie más de la familia le gustaba. Decían que les hacía sentir enjaulados.

Esa era la idea: enjaularla. Cuando lo hubo hecho, T’Gatoi movió ligeramente la cola y habló.

–No has tomado suficiente huevo, Lien. Deberías haberlo cogido cuando te lo pasaron. Ahora te hace mucha falta.

T’Gatoi movió la cola otra vez, como un látigo, tan rápido que yo no lo habría visto si no hubiera estado esperando, atento, a que lo hiciera. El aguijón extrajo una sola gota de sangre de la pierna desnuda de mi madre.

Mi madre dio un grito, probablemente de sorpresa. No duele cuando pican. Después suspiró y vi que su cuerpo se relajaba. Buscó con languidez una postura más cómoda dentro de la jaula de las extremidades de T’Gatoi.

–¿Por qué lo has hecho? –preguntó con voz adormilada.

–No podía seguir mirando cómo sufrías.

Mi madre logró encoger un poco los hombros en un gesto de indiferencia.

–Mañana –respondió.

–Sí. Mañana reanudarás tu sufrimiento, si no hay más remedio.

Pero, ahora, al menos un rato, quédate aquí tumbada y dame calor y deja que te ponga las cosas un poco más fáciles.

—Que sepas que todavía es mío —dijo mi madre de repente—. No me lo pueden comprar a cambio de nada.

Sobria no se habría permitido hacer referencia a semejantes asuntos.

—Nada —convino T’Gatoi, siguiéndole la corriente.

—¿Te creías que lo vendería a cambio de huevos? ¿De vivir más? ¿A mi propio hijo?

—A cambio de cualquier cosa, no —respondió T’Gatoi, acariciando los hombros de mi madre, jugando con su pelo largo y encanecido.

Me habría gustado tocar a mi madre entonces, haber compartido ese momento con ella. Me habría cogido la mano si la hubiera tocado en ese momento. Liberada por el huevo y el agujón, habría sonreído y tal vez dicho cosas que llevaba mucho tiempo guardadas. Pero al día siguiente habría recordado todo aquello como una humillación. No quería ser parte de un recuerdo humillante. Era mejor quedarme quieto y saber que me quería bajo todo ese deber y ese orgullo y ese dolor.

—Xuan Hoa, quítale los zapatos —dijo T’Gatoi—. En un ratito la volveré a picar y podrá dormir.

Mi hermana mayor obedeció, bamboleándose al ponerse en pie, como borracha. Después, se sentó junto a mí y me cogió la mano. Siempre habíamos estado muy unidos.

Mi madre apoyó el cogote contra el segmento ventral de T’Gatoi y desde aquel ángulo imposible intentó levantar la vista y mirarla a la cara, amplia y redonda.

—¿Vas a picarme otra vez?

—Sí, Lien.

—Así no me despertaré hasta mañana al mediodía.

—Mejor. Te hace falta. ¿Hace cuánto que no duermes?

Mi madre produjo un sonido de fastidio.

–Debería haberte pisado cuando todavía eras pequeña –dijo entre dientes.

Era una vieja broma entre ellas. Habían crecido juntas, más o menos, aunque nunca en la vida de mi madre había sido T’Gatoi lo bastante pequeña para que un pie terrano la pudiese pisar. Casi triplicaba los años que tenía ahora mi madre, y aun así seguiría siendo joven cuando mi madre muriese de vieja. Pero las dos se habían conocido cuando T’Gatoi estaba entrando en un periodo de rápido desarrollo, una especie de adolescencia tlic. Mi madre no era más que una niña entonces, pero durante un tiempo crecieron a la misma velocidad y no tenían ninguna amistad mejor que la que había entre ellas.

T’Gatoi incluso había presentado a mi madre al hombre que sería mi padre. Mis padres, que se agradaban mutuamente a pesar de la diferencia de edad, se casaron cuando T’Gatoi entró a formar parte del negocio de su familia: la política. T’Gatoi y mi madre se veían menos entonces. Pero en algún momento, antes de nacer mi hermana mayor, mi madre le prometió a T’Gatoi uno de sus hijos. Tendría que entregarnos a alguno de nosotros, y prefería dárselo a T’Gatoi antes que a una desconocida.

Pasaron los años. T’Gatoi viajaba y ampliaba su influencia. La Reserva fue suya para cuando volvió a casa de mi madre a recoger lo que probablemente veía como su justa recompensa por trabajar tan duramente. A mi hermana mayor T’Gatoi le gustó al instante y quiso ser la elegida, pero mi madre estaba embarazada de mí y a punto de salir de cuentas, y a T’Gatoi le gustaba la idea de elegir a un bebé, observarlo y participar en todas las fases de su desarrollo. Me han contado que T’Gatoi me enjauló dentro de sus numerosas extremidades apenas tres minutos después de nacer. Unos días más tarde me dieron a probar un huevo por primera vez. Esto es lo que les cuento a los terranos cuando me preguntan si alguna vez me dio miedo T’Gatoi. Y se lo cuento a las tlics cuando T’Gatoi les propone a un niño terrano pequeño y ellas, ansiosas e ignorantes, exigen un adolescente. Hasta mi hermano, que por

algún motivo al hacerse mayor había terminado temiendo a las tlics y desconfiando de ellas, probablemente habría podido incorporarse sin mucha complicación a alguna de sus familias, si lo hubieran adoptado lo bastante temprano. A veces creo que, por su bien, deberían haberlo hecho. Lo miré, tendido en el suelo en medio de la estancia con los ojos abiertos y desenfocados, en pleno sueño del huevo. No importaba lo que opinase de las tlics: de eso siempre exigía su parte.

–Lien, ¿puedes ponerte de pie? –preguntó T’Gatoi de repente.

–¿De pie? –repitió mi madre–. Creía que iba a dormir.

–Luego. Suena a que algo va mal fuera –la jaula se deshizo abruptamente.

–¿Qué?

–¡Lien, levanta!

Mi madre reconoció su tono y se levantó justo a tiempo para evitar que T’Gatoi la tirase al suelo. T’Gatoi catapultó sus tres metros de cuerpo del sofá hacia la puerta, y salió a toda velocidad. Tenía huesos: costillas, una larga columna vertebral, un cráneo y cuatro grupos de articulaciones óseas por segmento. Pero cuando se movía así, retorciéndose, lanzándose en caídas controladas en las que aterrizaba corriendo, no solo parecía no tener huesos, sino ser acuática, algo que nadase por el aire como si fuese agua. Me encantaba verla moverse.

Dejé a mi hermana y salí por la puerta tras T’Gatoi, aunque me flaqueaban un poco las piernas. Habría sido mejor quedarme sentado, soñando, y aún mejor haberme buscado a una chica y compartido un sueño despierto con ella. Cuando las tlics aún nos veían como poco más que animales grandes y útiles de sangre caliente, nos cercaban a varios, varones y hembras, y no nos daban más que huevos para comer. Así tenían garantizado que saldría otra generación de los nuestros, por mucho que nosotros nos intentásemos resistir. Tuvimos suerte de que aquello no durase mucho. Unas pocas generaciones más de aquello y sí que habríamos terminado siendo poco más que animales grandes y útiles.

—Mantén la puerta abierta, Gan —dijo T’Gatoi—. Y dile a la familia que no se acerque.

—¿Qué es? —pregunté.

—Un n’tlic.

Retrocedí hasta dar contra la puerta.

—¿Aquí? ¿Él solo?

—Intentaba llegar hasta una cabina, supongo.

T’Gatoi pasó a mi lado con el hombre a cuestas, inconsciente, doblado como un abrigo sobre algunas de sus extremidades. Parecía joven —de la edad de mi hermano, tal vez— y estaba más delgado de lo recomendable. Lo que T’Gatoi habría descrito como peligrosamente delgado.

—Gan, ve a la cabina —dijo entonces. Dejó al hombre en el suelo y empezó a desvestirlo. Yo no me moví.

Al cabo de un momento, levantó la cabeza y me miró. Su quietud repentina era señal de una profunda impaciencia.

—Manda a Qui —le dije—. Yo me quedo aquí. Quizás pueda ayudar.

T’Gatoi dejó que las extremidades se le volvieran a mover; levantó al hombre y le quitó la camisa por la cabeza.

—No querrás ver esto —respondió—. Va a ser duro. No puedo ayudar a este hombre como lo haría su tlic.

—Ya lo sé. Pero manda a Qui. No querrá ayudar aquí. Por lo menos, yo estoy dispuesto.

T’Gatoi miró a mi hermano mayor, más grande, más fuerte y, desde luego, más capaz de ayudarla. Se había incorporado y no se despegaba de la pared, sin quitarle ojo al hombre que estaba en el suelo con un miedo y repulsión manifiestos. Hasta T’Gatoi veía que no le serviría de nada.

—¡Ve, Qui! —exclamó.

Él no discutió. Se levantó, se tambaleó un poco y luego, despejado por el miedo, recobró el equilibrio.

—Este hombre se llama Bram Lomas —le dijo, leyéndole el brazalete.

Yo me toqué el mío con los dedos en solidaridad—. Necesita a T'Khotgif Teh. ¿Me has oído?

—Bram Lomas, T'Khotgif Teh —contestó mi hermano—. Ya voy. Evitó a Lomas al pasar y salió corriendo por la puerta.

Lomas empezó a recobrar el sentido. Al principio solo gemía y se agarraba entre espasmos a un par de las extremidades de T'Gatoi. Mi hermana pequeña, al fin despierta de su sueño de huevo, se acercó para mirarlo hasta que mi madre tiró de ella y la alejó del hombre.

T'Gatoi lo descalzó y después le quitó los pantalones, todo ello al mismo tiempo que le ofrecía dos de sus extremidades para que se sujetara. Salvo por unas pocas extremidades situadas al final, todas tenían igual destreza.

—No quiero que me discutas esta vez, Gan —dijo.

Yo me enderecé.

—¿Qué hago?

—Sal y sacrifica a un animal que tenga al menos la mitad de tu tamaño.

—¿Sacrificarlo? Pero nunca he...

Me lanzó al otro lado de la habitación de un golpe. Su cola era un arma eficiente, tanto con el aguijón como sin él.

Me levanté, sintiéndome estúpido por haber ignorado su advertencia, y fui a la cocina. Quizá pudiera matar algo con un hacha. Mi madre criaba unos pocos animales terranos para comer y varios miles de los locales por su piel. T'Gatoi probablemente prefiriese uno local. Quizás un achi. Algunos eran del tamaño que buscaba, aunque tenían más o menos el triple de dientes que yo y una gran afición por utilizarlos. Mi madre, Hoa y Qui eran capaces de matarlos a cuchillo. Yo no había matado ni uno; nunca había sacrificado un animal. Había pasado la mayor parte del tiempo con T'Gatoi mientras mi hermano y mis hermanas aprendían a llevar el negocio familiar. T'Gatoi tenía razón. Debería haber sido yo quien fuera a la cabina. Al menos eso sabía hacerlo.

Fui hasta el armario esquinero donde mi madre guardaba las herramientas del jardín y las más grandes para la casa. Al fondo había una tubería que se llevaba el agua residual de la cocina, aunque ya no lo hacía. Mi padre la había desviado bajo tierra antes de nacer yo. Ahora la tubería se podía girar de modo que una mitad se deslizase alrededor de la otra y dentro se pudiera guardar un rifle. Esta no era nuestra única arma, pero sí era la más accesible. Tendría que utilizarlo para disparar a uno de los achti más grandes. Después, probablemente T’Gatoi lo confiscaría. Las armas de fuego eran ilegales en la Reserva. Hubo varios incidentes poco después de la fundación de la Reserva: terranos que dispararon a tlics o a n’tlics. Esto fue antes de que comenzase la unión de familias, antes de que todo el mundo tuviera un interés personal en mantener la paz. La última vez que alguien disparó a un tlic fue antes de nacer mi madre y yo, pero la ley seguía vigente; por nuestra protección, según nos decían. Se oían historias de familias terranas enteras a las que habían liquidado como represalia durante los asesinatos.

Salí adonde estaban las jaulas y disparé al achti más grande que encontré. Era un espléndido macho de cría y a mi madre no le haría ninguna gracia cuando me viera entrar con él. Pero era del tamaño adecuado y tenía prisa.

Me eché el cuerpo largo y tibio del achti al hombro –agradecido de que parte del peso que había ganado fuera músculo– y lo llevé a la cocina. Allí, devolví el arma a su escondrijo. Si T’Gatoi reparaba en las heridas del achti y exigía que le diera el arma, lo haría. Si no, mejor que se quedase donde mi padre habría querido.

Me di la vuelta para llevarle el achti, pero titubeé. Me quedé quieto unos segundos delante de la puerta cerrada, preguntándome por qué tenía miedo de repente. Sabía lo que iba a pasar. No lo había visto nunca, pero T’Gatoi me había enseñado diagramas y dibujos. Se había asegurado de que conociera la verdad en cuanto fui lo bastante mayor para comprenderla.

Y aun así no quería entrar en aquella habitación. Perdí algo de tiempo eligiendo un cuchillo de la caja de madera tallada en la que los guardaba mi madre. T'Gatoi podría querer uno, me dije, para el pellejo duro y peludo del achti.

—¡Gan! —gritó T'Gatoi, apremiando con voz áspera.

Tragué saliva. Quién habría imaginado que un solo movimiento de los pies pudiera ser tan difícil. Me di cuenta de que estaba temblando. Aquello me avergonzó. La vergüenza me empujó al otro lado de la puerta.

Dejé el achti en el suelo, cerca de T'Gatoi, y vi que Lomas estaba inconsciente otra vez. Estábamos solos en la habitación, ella, Lomas y yo. T'Gatoi probablemente hubiera enviado a mi madre y mis hermanas a otra habitación para que no tuvieran que mirar. Las envidiaba.

Pero mi madre volvió a entrar en la habitación al mismo tiempo que T'Gatoi agarraba el achti. Ignorando el cuchillo que yo le ofrecía, extendió las garras de varias de sus extremidades y rajó al achti de la garganta al ano. Me miró con penetrantes ojos amarillos.

—Agarra a este hombre de los hombros, Gan.

Yo miré a Lomas presa del pánico, comprendiendo entonces que no quería tocarlo, mucho menos sujetarlo. Esto no iba a ser como disparar a un animal. Ni tan rápido, ni tan clemente ni, esperaba, tan definitivo, pero no había nada en lo que tuviese menos ganas de participar.

Mi madre se acercó.

—Gan, sujétale el lado derecho —dijo—. Yo sujeto el izquierdo.

Si volviese en sí, Lomas la tiraría al suelo sin darse cuenta de que lo había hecho. Mi madre era muy pequeña. A menudo se preguntaba en voz alta cómo había producido, como ella decía, hijos tan «enormes».

—No pasa nada —le dije, agarrando a Lomas de los hombros—. Lo haré yo —mi madre no acababa de alejarse—. No te preocupes. No te avergonzaré. No tienes que quedarte a vigilar.

Me miró con aire vacilante y después me tocó la cara, una caricia inusual en ella. Por fin, volvió a su dormitorio.

T'Gatoi bajó la cabeza con alivio.

—Gracias, Gan —dijo con una cortesía más terrana que tlic—. Esa... siempre encuentra nuevas maneras de que la haga sufrir.

Lomas empezó a gemir y a proferir unos sonidos ahogados. Había tenido la esperanza de que se quedase inconsciente. T'Gatoi acercó su cara a la de él para que le prestase atención.

—Ya te he picado tanto como me atrevo, de momento —le dijo—. Cuando esto termine, te volveré a picar para que te duermas y te dejará de doler.

—Por favor —suplicó el hombre—, espera...

—Ya no hay tiempo, Bram. Te picaré en cuanto termine. Cuando T'Khotgif llegue te dará huevos para ayudar a la cicatrización. Pronto habrá terminado.

—¡T'Khotgif! —gritó el hombre, forcejeando contra mis manos.

—Pronto, Bram —T'Gatoi me miró de soslayo y colocó una garra contra el abdomen del hombre, un poco a la derecha del centro, justo debajo de la última costilla izquierda. Hubo un movimiento a la derecha: pulsaciones minúsculas, en apariencia aleatorias que se movían por su piel oscura, creando una concavidad aquí, una convexidad allá, una y otra vez, hasta que distinguí su ritmo interno y supe dónde sería la siguiente pulsación.

El cuerpo entero de Lomas se tensó bajo la garra de T'Gatoi, aunque no había hecho más que dejarla descansar contra él mientras le envolvía las piernas con la parte inferior de su cuerpo. Lomas podría zafarse de mí, pero no de ella. Lloraba desconsolado mientras T'Gatoi le ataba las manos con sus pantalones; luego tiró de ellas para ponérselas encima de la cabeza, de modo que yo pudiese arrodillarme entre ellas, sobre la tela, y mantenerlas sujetas. T'Gatoi hizo un rollo con la camisa de Lomas y se la dio para que la mordiera.

Y lo abrió.

Su cuerpo se convulsionó con el primer corte. Casi consiguió zafarse de mí. El sonido que hizo... Nunca había oído sonidos semejantes que provinieran de algo humano. T'Gatoi parecía no hacer caso mientras abría y profundizaba la herida, haciendo una pausa de vez en cuando para retirar la sangre a lametones. Los vasos sanguíneos de Lomas se contrajeron, reaccionando a la química de su saliva, y el sangrado aminoró.

Me sentía como si estuviera ayudándola a torturarlo, a consumirlo. Sabía que no tardaría en vomitar y no entendía por qué no lo había hecho ya. No iba a poder aguantar hasta que terminase.

T'Gatoi encontró la primera larva. Era gorda y de color rojo oscuro por la sangre de Lomas, por dentro y por fuera. Ya se había comido la cáscara, pero al parecer no había empezado con su huésped todavía. En esta fase se comería cualquier carne salvo la de su madre. Si nadie hubiera intervenido, habría seguido excretando los venenos que habían hecho enfermar a Lomas a la par que lo alertaban. En algún momento habría empezado a comer. Para cuando se hubiera abierto camino al exterior, comiéndose la carne de Lomas, este estaría muerto o moribundo, y sería incapaz de vengarse de la cosa que lo estaba matando. Siempre había un periodo de gracia desde el momento en el que el huésped caía enfermo hasta que las larvas se lo empezaban a comer.

T'Gatoi retiró la larva cuidadosamente y la miró retorcerse, ignorando de forma inexplicable los terribles gemidos del hombre.

Lomas perdió el sentido repentinamente.

—Bien —T'Gatoi bajó la vista para mirarlo—. Ojalá pudierais hacerlo a voluntad.

No sentía nada. Y lo que sostenía...

Sin miembros ni osamenta en esta etapa, mediría unos quince centímetros de largo y dos de ancho. Estaba ciega y viscosa por la sangre. Era como un gusano grande. T'Gatoi la metió en la barriga del achti y de inmediato la larva empezó a hurgar. Ahí se quedaría, comiendo, mientras quedase algo que comer.

Explorando por entre la carne de Lomas, T'Gatoi encontró otras dos, una de ellas, más pequeña y vigorosa.

—¡Un macho! —dijo alegremente.

Ese moriría antes que yo. Completaría su metamorfosis y se tiraría a todo lo que se moviera antes incluso de que sus hermanas tuvieran extremidades. Fue el único que le puso ganas e intentó morder a T'Gatoi mientras esta lo colocaba dentro del achi.

Unos gusanos más pálidos asomaron en la carne de Lomas. Cerré los ojos. Era peor que tropezar con algo muerto, putrefacto y lleno de diminutas larvas de animal. Y mucho peor que cualquier dibujo o diagrama.

—Ah, hay más —dijo T'Gatoi, tirando de dos larvas largas y gruesas—. Puede que tengas que matar otro animal, Gan. Dentro de vosotros vive todo.

Toda la vida me habían dicho que esto era algo bueno y necesario que tlics y terranos hacíamos juntos: una especie de parto. Me lo había creído hasta ahora. Sabía que el parto era doloroso y sangriento, sí o sí. Pero esto era otra cosa, esto era peor. Y yo no estaba listo para verlo. Quizá nunca lo estaría. Y aun así no podía dejar de mirar. Cerrar los ojos no me sirvió de nada.

T'Gatoi encontró una larva aún comiéndose su cáscara. Lo que quedaba de ella aún estaba conectado a un vaso sanguíneo con su propio tubito o gancho o lo que fuera. Así era como se anclaban las larvas y así se alimentaban también. Solo tomaban sangre hasta que estaban listas para salir. Entonces se comían la cáscara de su huevo, elástica y dilatada. Después se comían a su huésped.

T'Gatoi arrancó la cáscara de un mordisco y limpió la sangre a lametazos. ¿Le gustaría el sabor? ¿Cuesta perder las costumbres de la infancia, o es que no se pierden nunca?

Todo el procedimiento estaba mal. Era algo ajeno. Nunca habría creído que nada relacionado con T'Gatoi pudiera parecérmelo.

—Una más, creo —dijo—. Puede que dos. Una gran familia. En

estos tiempos, en un huésped animal nos habríamos conformado con encontrar vivas una o dos —me echó una ojeada—. Sal, Gan, y vacía tu estómago. Ve ahora que el hombre está inconsciente.

Salí tambaleándome y casi no llegué a tiempo. Justo delante de la puerta de entrada, al pie de un árbol, vomité hasta que no tuve nada más que sacar. Cuando por fin terminé me enderecé, tembloroso, con las lágrimas corriéndome por las mejillas. No sabía por qué lloraba, pero no podía parar. Me alejé más de la casa para que nadie me viera. Cada vez que cerraba los ojos veía gusanos rojos arrastrándose sobre una carne humana todavía más roja.

Un coche venía hacia la casa. Dado que los terranos teníamos prohibidos los vehículos motorizados salvo para algunos modelos de equipo agrícola, sabía que debía tratarse de la tlic de Lomas que venía con Qui y quizás con un médico terrano. Me enjugué la cara con la camisa y me esforcé por recobrar el control.

—Gan —gritó Qui, parando el coche—. ¿Qué ha pasado?

Salió con dificultad por la puerta del vehículo, diseñada para tlics, baja y redonda. Otro terrano salió del otro lado y se metió en la casa sin decirme nada. El médico. Con su ayuda y unos pocos huevos, Lomas quizá saldría de esta.

—¿T'Khotgif Teh? —pregunté.

La conductora tlic emergió a toda prisa del coche y se irguió ante mí hasta alcanzar la mitad de su altura. Era más pálida y pequeña que T'Gatoi, probablemente nacida del cuerpo de un animal. Los tlics nacidos de cuerpos terranos siempre eran más grandes y numerosos.

—Seis crías —le dije—. Puede que siete, todas vivas. Al menos un macho.

—¿Lomas? —inquirió bruscamente. Me cayó bien por preguntarlo y por el tono de preocupación de su voz. Lo último coherente que Lomas había dicho era su nombre.

—Está vivo —contesté.

Se apresuró hacia la casa sin decir otra palabra.

—Ha estado enferma —dijo mi hermano mientras la miraba marcharse—. Cuando llamé, oí gente diciéndole que no estaba lo bastante recuperada para salir, ni siquiera para esto.

Yo no dije nada. Ahora que le había mostrado cortesía a la tlic, no quería hablar con nadie más. Esperaba que Qui entrase en la casa, si no por otra cosa, al menos por curiosidad.

—Conque por fin sabes más de lo que querías, ¿eh?

Lo miré.

—No me mires así, como hace ella —dijo—. No eres ella. No eres más que propiedad suya.

Como ella. ¿Había aprendido hasta a imitar sus expresiones?

—¿Qué pasa, has echado la papilla? —husmeó el aire—. Así que ahora ya sabes lo que te espera.

Me alejé de él. Cuando éramos niños habíamos estado muy unidos. En casa él me dejaba seguirlo por todas partes y a veces T’Gatoi me dejaba traérmelo cuando me llevaba a la ciudad. Pero algo ocurrió cuando Qui alcanzó la adolescencia. Nunca supe el qué. Empezó a evitar a T’Gatoi. Luego a escaparse... hasta que se dio cuenta de que no había adónde ir. Ni en la Reserva, ni, desde luego, fuera de ella. Después de aquello se concentró en no quedarse sin su parte de cada huevo que entraba en la casa y en cuidar de mí de un modo que me hacía casi odiarlo: un modo que decía claramente que, mientras a mí no me pasase nada, él estaba a salvo de las tlics.

—En serio, ¿cómo ha sido? —insistió, yendo tras de mí.

—He matado un ahti. Se lo han comido las crías.

—No has salido corriendo de casa a vomitar porque se hayan comido un ahti.

—Nunca... había visto cómo rajan y abren a una persona —eso era verdad y suficiente información para él. De lo demás no podía hablar. No con él.

—Ah —dijo. Me miró como si quisiese decir algo más, pero guardó silencio.

Qui empezó a caminar sin dirección concreta, hacia la parte de atrás, donde las jaulas y los sembrados.

–¿Ha dicho algo? –preguntó Qui–. Lomas, digo.

¿Quién iba a ser si no?

–Ha dicho «T’Khotgif».

Qui se estremeció.

–Si me hubiera hecho eso a mí, sería la última persona a la que llamaría.

–La llamarías. Su aguijón te calmaría el dolor sin matar a las larvas que llevas dentro.

–¿Te crees que me importaría que se muriesen?

No. Claro que no. ¿Y a mí?

–¡Joder! –respiró hondo–. Ya he visto lo que hacen. ¿Te crees que esto que le ha pasado a Lomas es malo? Eso no ha sido nada.

No le llevé la contraria. Qui no sabía de lo que estaba hablando.

–Yo las he visto comerse a un hombre –continuó.

Me di la vuelta para encararme con él.

–¡Mentira!

–¡Las he visto comerse a un hombre! –hizo una pausa–. Fue cuando era pequeño. Estaba volviendo de casa de la familia Hartmund. A mitad de camino vi a un hombre y a una tlic y el hombre era n’tlic. Era un terreno ondulado. Pude esconderme y observar. La tlic no quería abrir al hombre porque no tenía nada que las larvas pudieran comer. El hombre no podía andar más y no había casas cerca. Estaba sufriendo tanto que le dije que lo matase. Le suplicó que lo matase. Al final, ella lo mató. Le cortó la garganta. Un movimiento de la garra. Vi cómo las larvas se lo comían hasta salir y se volvían a meter sin dejar de comer.

Sus palabras me hicieron ver otra vez la carne de Lomas, atestada de parásitos.

–¿Por qué no me lo contaste? –susurré.

Me miró con sorpresa, como si hubiera olvidado que lo estaba escuchando.

—No sé.

—Empezaste a escaparte poco después de aquello, ¿verdad?

—Sí. Una estupidez. Escapar dentro de la Reserva. Escapar dentro de una jaula.

Negué con la cabeza y dije lo que debería haberle dicho hacía mucho tiempo.

—No te elegiría, Qui. No tienes por qué preocuparte.

—Lo haría... si te pasase algo a ti.

—No. Elegiría a Xuan Hoa. Hoa... lo desea.

No lo desearía si se hubiera quedado a mirar a Lomas.

—No eligen mujeres —dijo con desprecio.

—A veces, sí —lo miré—. De hecho, las prefieren. Deberías oírlas cuando hablan entre ellas. Dicen que las mujeres tienen más grasa corporal para proteger a las larvas. Pero normalmente toman a hombres para dejar a las mujeres libres y que tengan a sus propias crías.

—Para suministrarles la siguiente generación de animales huéspedes —dijo Qui, pasando del desdén a la amargura.

—¡No es solo por eso! —opuse. ¿O sí lo era?

—Si fuera a pasarme a mí, yo también querría creer que no es solo por eso.

—¡Pues no lo es! —me sentía como un niño. Era una discusión estúpida.

—¿Eso pensabas mientras T’Gatoi sacaba gusanos de las tripas de ese tipo?

—No es así como se supone que hay que hacer.

—Claro que sí. Lo que pasa es que tú no deberías haberlo visto. Y debería haberlo hecho su tlic. Podría haberle picado para dejarlo inconsciente y la operación no habría sido tan dolorosa. Pero lo habría abierto igual, le habría sacado las larvas y, si se hubiera dejado dentro aunque fuera solo una, esa larva lo habría envenenado y se lo habría comido desde las entrañas.

Recordé que una vez mi madre me dijo que le mostrara respeto a Qui porque era mi hermano mayor. Me alejé, odiándolo. A su manera, se estaba regodeando. Él estaba a salvo y yo no. Podría haberlo golpeado, pero no creí que pudiera soportarlo cuando se negase a devolverme el golpe, cuando me mirase con desprecio y lástima.

Y Qui no iba a permitir que me librara de él. De piernas más largas que las mías, me adelantó con facilidad y me hizo sentir como si yo lo estuviera persiguiendo a él.

–Lo siento –dijo.

Yo seguí mi camino a zancadas, harto y rabioso.

–Mira, probablemente lo tuyo no vaya tan mal. A T’Gatoi le gustas. Tendrá cuidado.

Me volví y eché a correr hacia la casa, casi como si huyera de él.

–¿Te lo ha hecho ya? –preguntó. No le costó seguirme el ritmo—. O sea, ya estás más o menos en edad de que te implanten. ¿Te ha...?

Lo golpeé. No sabía que iba a hacerlo, pero creo que fue con intención de matarlo. Si no hubiera sido más grande y más fuerte que yo, creo que lo habría conseguido.

Él intentó rechazarme, pero al final tuvo que defenderse. Solo me pegó un par de veces. Con eso fue de sobra. No recuerdo la caída, pero cuando recuperé la conciencia, ya no estaba. Quitármelo de encima compensó por el dolor.

Me levanté y caminé despacio hacia la casa. La parte de atrás no tenía luz. No había nadie en la cocina. Mi madre y mis hermanas estaban durmiendo en sus cuartos. O fingiendo que dormían.

Cuando llegué a la cocina oí voces, clics y terranas en la habitación de al lado. No conseguí entender lo que estaban diciendo, ni quería entenderlo.

Me senté a la mesa de mi madre, esperando a que se hiciera el silencio. La mesa, lisa y deslucida, era pesada y de calidad. Mi padre se la había hecho a mi madre justo antes de morir. Recuerdo que

yo pasaba el rato debajo mientras él trabajaba en ella. A mi padre no le importaba. Ahora yo estaba apoyado sobre ella, echándolo de menos. Podría haber hablado con él. Mi padre lo había hecho tres veces en su larga vida. Tres nidadas de huevos, tres veces abierto y cosido. ¿Cómo lo había hecho? ¿Cómo podía haber alguien capaz de hacerlo?

Me levanté, saqué el rifle de su escondite y volví a sentarme con él. Le hacía falta una limpieza y un engrasado.

Lo único que hice fue cargarlo.

—¿Gan?

Producía un fino golpeteo al caminar sobre el suelo sin alfombra, una sucesión de clics que sonaban al posar una tras otra cada extremidad. Oleadas de clics.

Vino a la mesa, alzó la mitad frontal de su cuerpo y se subió a ella vertiginosamente. A veces se movía con tanta soltura que parecía fluir como el agua. Se enroscó hasta formar un montículo en medio de la mesa y me miró.

—Ha sido feo —dijo en voz baja—. No deberías haberlo visto. No tiene que ser así.

—Ya lo sé.

—T'Khotgif, ahora Ch'Khotgif, morirá de su enfermedad. No virará para criar a sus hijas. Pero su hermana se encargará de que no les falte de nada, ni a ellas ni a Bram Lomas.

Hermana estéril. Una hembra fértil en cada grupo. Una para continuar la línea familiar. Esa hermana le debía a Lomas más de lo que jamás podría pagarle.

—¿Entonces él va a vivir?

—Sí.

—Me preguntó si lo haría otra vez.

—Nadie le pediría que lo hiciera otra vez.

Miré a aquellos ojos amarillos, preguntándome cuánto veía y comprendía en ellos y cuánto eran solo imaginaciones mías.

—Nadie nos lo pide —dije—. Tú nunca me lo has pedido.

Movió la cabeza levemente.

—¿Qué te pasa en la cara?

—Nada. No tiene importancia.

Unos ojos humanos probablemente no se hubieran dado cuenta de la hinchazón en la oscuridad. La única luz provenía de una de las lunas, que brillaba al otro lado de una ventana al fondo de la habitación.

—¿Disparaste al achti con el rifle?

—Sí.

—¿Y piensas dispararme a mí con él?

La miré fijamente: su silueta se recortaba a la luz de la luna, un cuerpo ensortijado, grácil.

—¿A qué te sabe la sangre terrana?

Ella no dijo nada.

—¿Qué eres? —susurré—. ¿Qué somos para tí?

No se movió, luego apoyó la cabeza en su rosca más alta.

—Me conoces como nadie —dijo con voz dulce—. Eso debes decidirlo tú.

—Eso es lo que me ha pasado en la cara —le dije.

—¿Qué?

—Qui me provocó para que me decidiera. No salió muy bien —moví el arma un poco, subí el cañón y me lo puse en diagonal debajo de la barbilla—. Por lo menos fue una decisión que tomé yo.

—Como lo será esta.

—Pídemelo, Gatoi.

—¿El qué? ¿Las vidas de mis hijas?

Muy típico de ella decir algo así. Sabía cómo manipular a las personas, terranas y tlics. Pero esta vez, no.

—No quiero ser un animal huésped —dije—. Ni siquiera el tuyo.

Tardó un largo rato en contestar.

—Ya casi nunca usamos animales huéspedes —dijo—. Ya lo sabes.

—Nos usáis a nosotros.

—Así es. Os esperamos durante años y años y os enseñamos y unimos nuestras familias a las vuestras —se movió inquieta—. Sabes que no os vemos como animales.

La miré fijamente sin decir nada.

—Los animales que en su día utilizábamos habían empezado a matar casi todos nuestros huevos tras la implantación mucho antes de que llegaran tus ancestros —dijo en voz baja—. Ya sabes todo esto, Gan. Gracias a que llegó tu pueblo, estamos reaprendiendo lo que significa ser un pueblo sano y próspero. Y tus ancestros, huyendo de su planeta de origen, de su propia gente, que los habría matado o esclavizado... sobrevivieron gracias a nosotras. Nosotras los consideramos personas y les dimos la Reserva cuando aún intentaban matarnos como si fuéramos gusanos.

Al oír la palabra «gusanos», di un respingo. No pude evitarlo y ella no pudo evitar notarlo.

—Ya veo —dijo con voz queda—. ¿De verdad preferirías morir antes que tener a mis crías, Gan?

No respondí.

—¿Se lo pido a Xuan Hoa?

—¡Sí!

Hoa lo quería. Que la eligiera a ella, entonces. No había tenido que ver lo de Lomas. Sentiría orgullo; no terror.

T'Gatoi fluyó de la mesa al suelo. Aquello me sobresaltó casi en exceso.

—Esta noche dormiré en la habitación de Hoa —dijo—. Y en algún momento, hoy o mañana por la mañana, se lo diré.

Esto estaba yendo demasiado rápido. Mi hermana Hoa me había criado casi tanto como mi madre. Aún estaba muy unido a ella, no como con Qui. Podía querer a T'Gatoi para ella y no dejar de quererme a mí.

—¡Espera! ¡Gatoi!

Ella miró atrás, luego elevó del suelo casi la mitad de su longitud y se volvió para mirarme de frente.

–Estas son cosas de adultos, Gan. ¡Es mi vida, mi familia, de lo que estamos hablando!

–Pero es... mi hermana.

–He hecho lo que has exigido de mí. ¡Te lo he pedido!

–Pero...

–Será más fácil para Hoa. Siempre ha esperado llevar otras vidas dentro de ella.

Vidas humanas. Crías humanas que algún día beberían de sus pechos, no de sus venas.

Negué con la cabeza.

–No se lo hagas a ella, Gatoi –yo no era Qui. Aunque parecía que podía convertirme en él sin ningún esfuerzo. Podía escudarme tras Xuan Hoa. ¿Sería más fácil saber que había gusanos rojos creciendo dentro de su carne, en lugar de en la mía?

–No se lo hagas a Hoa –repetí.

Me miró fijamente, inmóvil.

Aparté la mirada. Luego volví a posarla en ella.

–Házmelo a mí.

Bajé el arma de mi garganta mientras ella se inclinaba hacia delante para cogerla.

–No –le dije.

–Es la ley –contestó.

–Déjasela a la familia. Puede que alguien la use algún día para salvarme la vida a mí.

Ella asió el cañón del rifle, pero yo no iba a soltarlo. Tiró de mí hasta alzarme por encima de ella.

–¡Déjala aquí! –repetí–. Si no somos tus animales, si estas son cosas de adultos, acepta el riesgo. Siempre hay un riesgo, Gatoi, cuando se trata con un compañero.

Claramente le costaba soltar el rifle. La recorrió un estremecimiento y soltó un bufido de angustia. Se me ocurrió pensar que tenía miedo. Era lo bastante mayor para haber visto lo que las ar-

mas podían hacerle a la gente. Ahora sus crías y esta arma estarían juntas en la misma casa. De las otras armas no sabía nada. En esta disputa, no importaban.

–Implantaré el primer huevo esta noche –dijo mientras yo guardaba el arma–. ¿Me has oído, Gan?

¿Por qué si no se me había dado un huevo entero a mí mientras al resto de la familia le tocaba compartir uno? ¿Por qué iba mi madre si no a mirarme todo el rato como si fuera a irme lejos de ella, a algún lugar donde ella no podía seguirme? ¿Crearía T’Gatoi que no me había dado cuenta?

–Te he oído.

–¡Ya!

Dejé que me sacara de la cocina a empujones y caminé por delante de ella hacia mi habitación. La urgencia repentina de su voz sonaba auténtica.

–¡Se lo habrías hecho a Hoa esta misma noche! –la acusé.

–Debo hacérselo a alguien esta noche.

Me detuve a pesar de su urgencia y le corté el paso.

–¿Te da igual a quién?

Pasó junto a mí como una exhalación y se metió en mi cuarto. La encontré esperando en el sofá que compartíamos. No había nada en la habitación de Hoa que hubiera podido usar. A Hoa se lo habría hecho en el suelo. Ahora el mero hecho de pensar en ella haciéndoselo a Hoa me perturbaba de otro modo. De repente me enfadé.

Y sin embargo me quité la ropa y me tumbé a su lado. Sabía qué hacer, qué esperar. Me lo habían repetido toda la vida. Noté la sensación familiar del aguijón, narcótico, ligeramente agradable. Luego la exploración a tientas de su ovopositor. El pinchazo fue indoloro, fácil. Entró sin esfuerzo. T’Gatoi se onduló lentamente contra mí, con los músculos presionando el huevo para expulsarlo de su cuerpo e introducirlo en el mío. Me sujeté a un par de sus extremidades hasta que me acordé de Lomas agarrándola de esa manera. Entonces me

solté, me moví sin querer y le hice daño. A ella se le escapó un gemido grave de dolor y esperé que sus extremidades me enjaularan de inmediato. Cuando no lo hicieron, volví a agarrarme a ella, sintiéndome extrañamente avergonzado.

—Lo siento —susurré.

Me frotó los hombros con cuatro de sus extremidades.

—¿Te importa? —le pregunté—. ¿Te importa que sea yo?

No contestó durante un rato. Finalmente:

—Eres tú quien ha estado tomando las decisiones hoy, Gan. Yo tomé la mía hace mucho.

—¿Habrías recurrido a Hoa?

—Sí. ¿Cómo podría dejar a mis hijas al cuidado de alguien que las odia?

—No era... odio.

—Ya sé lo que era.

—Tenía miedo.

Silencio.

—Todavía lo tengo —aquí, ahora, podía admitirlo delante de ella.

—Pero viniste a mí... para salvar a Hoa.

—Sí —apoyé la frente contra ella. Era terciopelo fresco, engañosamente mullido—. Y para tenerte solo para mí —añadí. Así era. No lo entendía, pero así era.

Ronroneó suavemente, satisfecha.

—No me podía creer que me hubiera equivocado tanto contigo —dijo—. Te elegí a ti. Creí que tú también habías llegado a elegirme a mí.

—Y lo hice, pero...

—Lomas.

—Sí.

—Nunca he conocido a un terrano que haya visto un parto y se lo haya tomado bien. Qui ha visto uno, ¿verdad?

—Sí.

—Deberíamos proteger a los terranos para que no los vean.

No me gustaba la idea. Y dudaba que fuera posible.

—No nos protegáis —contesté—. Enseñádnoslos. Cuando somos pequeños y más de una vez. Gatoí, ningún terrano ve jamás un parto que salga bien. Lo único que vemos son n'tlics: dolor y terror y, a veces, muerte.

Bajó la vista para mirarme.

—Es privado. Siempre ha sido algo privado.

Por su tono, no quise insistir. Por eso y porque sabía que, si cambiaba de idea, el primer ejemplo público tal vez sería yo. Pero había sembrado la idea en su mente. Era muy probable que germi-nase y, en algún momento, la pusiera a prueba.

—Tú no lo volverás a ver —dijo—. No quiero que pienses en dis-pararme nunca más.

La pequeña cantidad de fluido que entró con su huevo en mí me relajó completamente, igual que lo habría hecho un huevo estéril, de modo que podía recordar el rifle en mis manos y mis sensaciones de miedo y repulsión, de desesperación e ira. Podía recordar las sensaciones sin revivirlas. Podía hablar sobre ellas.

—No te habría disparado—dije—. A ti, no.

La habían sacado de la carne de mi padre cuando él tenía mi edad.

—Podrías haberlo hecho —insistió.

—A ti, no —se alzaba entre nosotros y su propia gente, protegien-do, entretejiéndonos.

—¿Te habrías destruido a ti mismo?

Me moví con cuidado, incómodo.

—Podría haberlo hecho. Casi lo hice. Así es como se escaparía Qui. Me pregunto si él lo sabe.

—¿Qué?

No respondí.

—Ahora vivirás.

—Sí —«Cuida de ella», solía decir mi madre. Sí.

—Soy joven y tengo buena salud —dijo—. No te dejaré como a Lomas; solo, n'tlic. Yo cuidaré de ti.

Epílogo

Me asombra que algunas personas hayan interpretado «Hija de sangre» como una historia de esclavitud. No lo es. Sí que es otras cosas. Por un lado, es una historia de amor entre dos seres muy diferentes. Por otro, es una historia de paso a la madurez en la que un chico debe asimilar información perturbadora y utilizarla para tomar una decisión que afectará al resto de su vida.

En una tercera faceta, «Hija de sangre» es mi cuento sobre hombres embarazados. Siempre he querido explorar cómo sería poner a un hombre en esta situación, la más improbable de todas. ¿Podía escribir una historia en la que un hombre eligiera quedarse embarazado, no por alguna especie de competitividad mal entendida para demostrar que todo lo que haga una mujer puede hacerlo un hombre, ni porque lo obligaran, ni tampoco siquiera por curiosidad? Quería descubrir si podía escribir un relato dramático sobre un hombre que se queda embarazado como acto de amor, que elige el embarazo a pesar de las dificultades que lo envuelven y, a la vez, debido precisamente a estas mismas.

«Hija de sangre» fue también mi intento por paliar un miedo que he tenido desde hace mucho tiempo. Iba a viajar a la Amazonia peruana con la idea de investigar para mis libros de la serie *Xenogénesis* (*Amanecer*, *Ritos de madurez e Imago*) y me preocupaban mis posibles reacciones a algunos de los insectos de la zona. Concretamente me preocupaba el rezno: un insecto de costumbres que entonces me parecían de película de terror. No faltaban reznos en la región de Perú que planeaba visitar.

El rezno pone sus huevos en heridas causadas por las picaduras de otros insectos. La idea de que un gusano viviera y creciera debajo de mi piel, comiéndose mi carne según crecía, me parecía tan terrorífica que no sabía cómo podría soportarlo si me pasaba a mí. Por si fuera poco, todo lo que oía y leía aconsejaba a las víctimas de los reznos que no intentasen librarse de sus pasajeros larvales hasta

que volviesen a Estados Unidos y pudieran ir al médico... o hasta que la mosca completara la parte larval de su ciclo de desarrollo, saliera por la piel de su huésped y se fuera volando.

Lo peor era hacer lo que hubiera parecido más normal: apretar, sacarse el gusano y tirarlo, que es dar pie a una infección. Si te lo sacas apretando o con un cuchillo, el gusano, que se fija literalmente a su huésped, se parte y te deja en el cuerpo un trozo. Por supuesto, la parte que ha dejado muere y se pudre, y causa así una infección. Encantador.

Cuando tengo que enfrentarme a algo que me perturba tanto como lo hacía el rezo, escribo sobre ello. Escribir sobre mis problemas es mi manera de ponerlos en orden. Recuerdo que en una clase de instituto, el 22 de noviembre de 1963, cogí un cuaderno y empecé a escribir mi respuesta a la noticia del asesinato de John Kennedy. Ya sea escribiendo páginas de un diario, un artículo o un cuento, o hilvanando mis problemas en una novela, he descubierto que escribir me ayuda a superar el problema y seguir con mi vida. Escribir «Hija de sangre» no hizo que me empezasen a gustar los rezos, pero durante un tiempo hizo que me parecieran más interesantes que horriblos.

Hay otra cosa más que intenté hacer en «Hija de sangre». Intenté escribir una historia sobre pagar el alquiler: una historia sobre una colonia aislada de seres humanos en un planeta extrasolar y deshabitado. En el mejor de los casos, estarían a una vida de distancia de recibir refuerzos. No sería el Imperio británico en el espacio, ni sería *Star Trek*. Tarde o temprano, los humanos tendrían que llegar a alguna especie de acuerdo con sus... bueno, anfitriones. Lo más probable es que dicho acuerdo fuera inusual. ¿Quién sabe qué tenemos los humanos que otros podrían aceptar como pago por un espacio habitable en un mundo que no es el nuestro?

Imagen de cubierta

Nadia Barkate (Bilbao, 1980) es artista. Su práctica se mueve entre el dibujo, la escultura y la escritura. Sobre todo, se relaciona con el dibujo como si este fuera un material sensible y a veces hipersensible, capaz de dar cuenta de las intensidades que nos atraviesan. Se interesa por detalles puntuales extraídos de lo cotidiano, de la narrativa, lo poético, la teoría y lo técnico, sin poner demasiado énfasis en diferenciarlos. Construye de este modo una amalgama de imágenes míticas que imponen un tiempo personal y resistente, que rehuye a la interpretación.

Traducción

Arrate Hidalgo es traductora, editora, crítica y agitadora cultural. Actúa como puente entre creadores, medios y públicos internacionales, tejiendo redes de militancia literaria y artística desde un prisma queer. Especializada en ficción especulativa feminista y voces LGBTQ+, como traductora ha traído al castellano obras de Charlene A. Carruthers, Ursula Vernon, Koleka Putuma, Nalo Hopkinson y Karen Lord, entre otras.

La colección **El origen del mundo** rastrea otras formas de pensar, sentir y representar la vida. Resignificamos el título del conocido cuadro de Courbet desde una mirada feminista e irónica, para ahondar en la relación entre ciencia, economía, cultura y territorio. Literatura que especula, ficciona y disecciona realidades. Sumergidas en la turbulencia, amplificamos ideas contagiosas y activamos teorías del comienzo.

Grupo asesor

Esta colección se gestó inesperadamente en una comida de cumpleaños de una amiga, a partir de la insistencia por traducir y publicar otras voces. Fieles a este espíritu original, conformamos un grupo asesor en contenidos. No un reducido comité de expertos, sino una muestra de la comunidad amplia y diversa a la que apelamos. Conformamos así una sociedad no secreta con la que compartir conocimientos, a la que escuchamos propuestas. Algunas se publican en esta colección o saltan a otra, algunas se quedan en la recámara, otras no serán. Queremos visibilizar este apoyo y asesoramiento generoso y muchas veces informal, que muchas de vosotras nos vais proporcionando. Entre otras inspiraciones, en 2019 este grupo flexible que nos ha propuesto contenidos ha estado principalmente compuesto por:

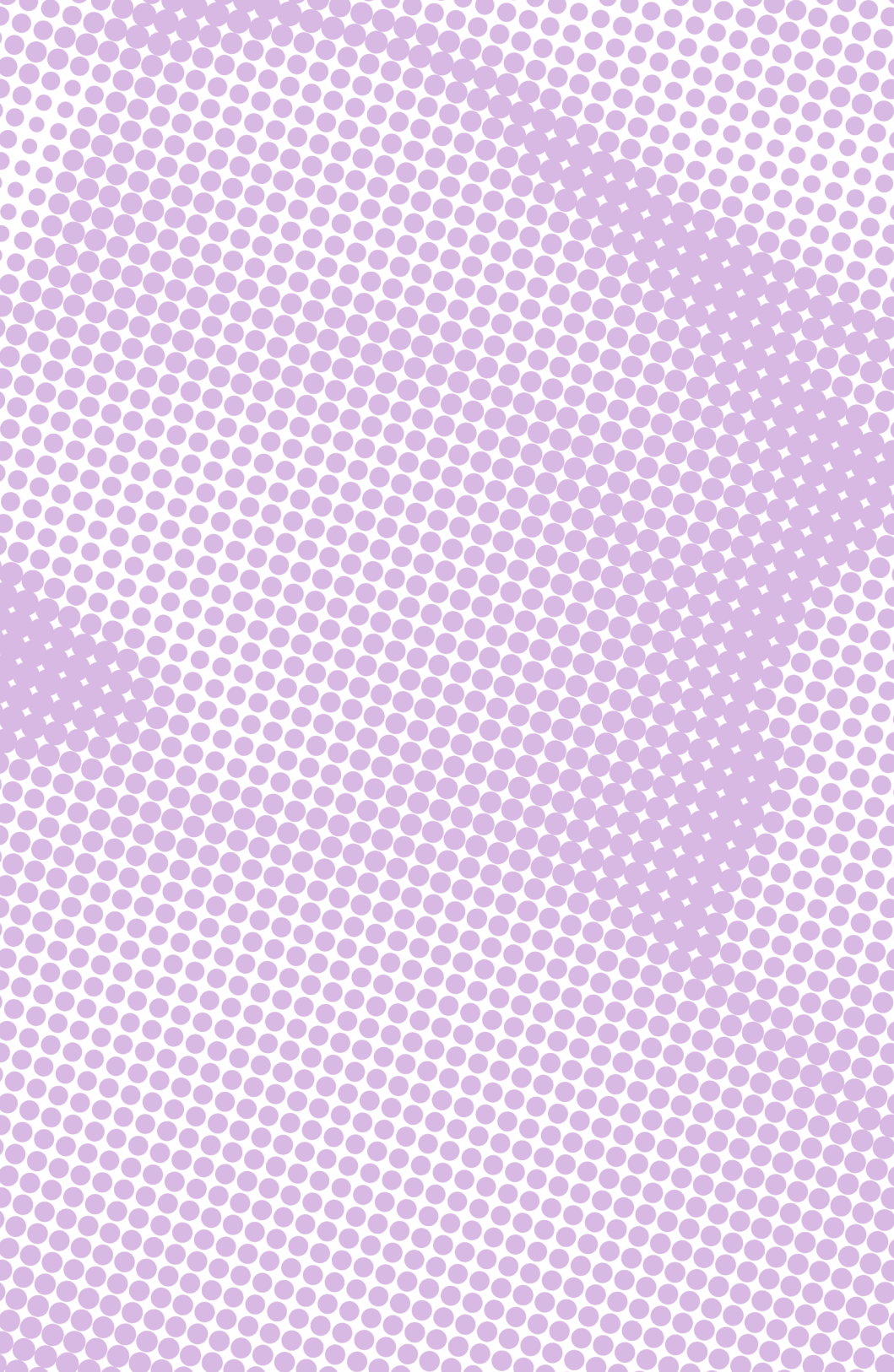
Ixiar Rozas, Maielis González, Leire Milikua, Helen Torres, María Ptqk, Blanca de la Torre, Teresa López-Pellisa, Elisa McCausland, Rosa Casado, Pikara Magazine, Arantxa Mendiharat, Arrate Hidalgo, María Navarro, Remedios Vincent, Daniel García Andújar, Verónica Gerber Bicecci, Iván de la Nuez, Alicia Kopf, María Colera, Cabello / Carceller, Cristina Ramos González, Rosa Llop, Claudio Iglesias, Constantino Bértolo, Tamara Tenenbaum, Tania Pleitez, Marta Rebón, Rakel Esparza, Lilian Fernández Hall, Mariano Villareal, Jorge Carrión...

www.consonni.org

Producimos y editamos cultura crítica

El origen del mundo

Hija de sangre y otros relatos de Octavia E. Butler se terminó de imprimir el 7 de marzo de 2020 en Artes Gráficas Cofás, Madrid, en el aniversario del nacimiento de la escritora, educadora y activista liberal Juana de Vega en La Coruña (1805); del botánico, horticultor y pionero estadounidense Luther Burbank (1849); de la periodista, activista de la salud pública, socialista y feminista argentina Gabriela Laperrière (1861); del compositor francés Maurice Ravel (1875); de la abogada y política republicana española Victoria Kent (1891) y de la fotógrafa, video-artista, *performer* y escultora estadounidense que exploraba el feminismo, la feminidad y la sexualidad, Hannah Wilke (1940); entre otras muchas activadoras de comienzos.



Esta colección de siete cuentos y dos ensayos, publicados y escritos entre los años setenta y noventa, es una introducción perfecta para quienes descubren a Octavia Butler y un título imprescindible para sus incondicionales. Traducida ahora por primera vez al español, fue en su día incluida en la lista anual de destacados del *New York Times*. Incluye dos de sus más aclamados relatos cortos: «Hija de sangre», relato ganador en 1984 de los prestigiosos premios literarios Hugo y Nebula, y «Sonidos de habla», también ganador de un premio Hugo al año siguiente. Inéditos hasta su publicación en esta antología, se encuentran «Amnistía» y «El libro de Martha». Cada texto viene acompañado de un epílogo de la misma autora y los ensayos aportan consejos precisos sobre la escritura. En ellos, Butler relata sus vicisitudes como mujer negra y escritora en una época en la que el género fantástico estaba dominado por hombres blancos.

Relaciones interespecies, embarazos masculinos, una civilización hundida y en silencio o la responsabilidad divina de salvar el mundo: como es habitual en la obra de Octavia Butler, estas creaciones de la imaginación son parábolas del mundo contemporáneo. Con una prosa precisa, Butler reflexiona sobre raza, familia, sexualidad, el determinismo biológico, la ciencia médica, la violencia o las clases sociales a través de distintas metáforas que diseccionan nuestra realidad. Esta referencial escritora demuestra ser perseverante en su vigilia, pesimista que siempre deja espacio para la esperanza y una de las voces más poderosas de la literatura contemporánea.

«Octavia Butler escribe la clase de ciencia ficción que te hace abrir la mirada hacia otros horizontes y el corazón hacia otros seres. Imaginativa, valiente, comprometida. Una voz potente y matizada que hay que escuchar».

—Elia Barceló

«Butler engalana nuevas mansiones del pensamiento con su prosa elocuente, distinguida y conmovedora. Este libro, si bien es pequeño, contiene ideas e intenciones de espléndidas dimensiones». —**Booklist**

IMAGEN DE CUBIERTA

Nadia Barkate



9 788416 205516



Producimos y editamos cultura crítica
www.consonni.org